

# Libertad y Sociedad

Manuel Cuesta

Cuando se trata el tema de la libertad en relación con la sociedad, casi siempre suele hacerse de forma negativa. Se ve a la sociedad como algo que limita la libertad del individuo, como algo frente a lo cual hay que afirmar unos derechos siempre en peligro de ser conculcados. Los demás suponen una barrera: mi libertad termina donde comienza la del otro. La sociedad amenaza siempre con ahogar al individuo: hay que estar alerta para que las libertades fundamentales sean salvaguardadas: libertad de expresión, asociación...<sup>1</sup>.

Todo esto es cierto, y responde a una realidad. Pero no la agota. Porque junto a esos aspectos negativos, hay otros positivos que deben ser resaltados: la sociedad como ámbito de libertad y como liberadora del individuo. La libertad humana no puede llegar a su plenitud sin la sociedad. Sólo teniendo en cuenta ambos aspectos, el negativo y el positivo, es como se consigue una comprensión plena de la relación que existe entre libertad y sociedad. Vamos a estudiar esta relación, y su posible conexión con el mensaje cristiano.

## El concepto de libertad

La palabra libertad ha recibido infinitos sentidos a lo largo de la historia del pensamiento<sup>2</sup>. Por ello es importante indicar, aunque sólo sea someramente, qué entendemos aquí por libertad. Para nosotros libertad sería la capacidad que

- (1) Cfr. C. RUIZ DEL CASTILLO, *Libertad*, en *Diccionario de Ciencias Sociales*, Madrid 1976, II 91ss.; F. E. OPPENHEIM, *Libertad*, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid 1975, VI 585ss.; K. RAHNER, *Tolerancia, libertad, manipulación*, Barcelona 1978, 7ss.; A. D. DONINI, *Estructura social, libertad y pluralismo*: CIAS 32 (1983) 18-29; W. BERGSDORF, *Freiheit*: *Stimmen der Zeit* 200 (1982) 183-194.
- (2) J. FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, Madrid 1981, III 1968-1979; R. SPAEMANN, *Freiheit*, en *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Basel/Stuttgart 1972, II 1064-1098; F. BATTAGLIA, A. GUZO, V. MATHIEU, *Libertà*, en *Enciclopedia Filosofica*, Firenze 1967, II 1536-1562.

tiene el ser personal para ser origen de sus propios actos, para determinar su conducta y sus relaciones consigo mismo y con lo que está fuera de él, para autoconstruirse y construir su mundo, sin ser determinado absolutamente por causas externas o internas, ajenas a su decisión. Esto conllevaría la capacidad de elección entre las distintas posibilidades que se le presentaran <sup>3</sup>.

De un examen sucinto de esta definición, resulta que para que exista libertad, tiene que darse un no estar determinado absolutamente, es decir, la carencia de esclavitudes internas o externas, aunque no sea total. En segundo lugar, debe existir la capacidad de autodeterminación y autoconstrucción. Y, en tercer lugar, es necesario un campo real donde esa libertad pueda ejercitarse. Vamos a ir examinando cada uno de estos tres apartados, para ver si la sociedad favorece o dificulta la libertad humana.

### **Carencia de esclavitudes**

Que la carencia, aunque nunca sea absoluta, de determinaciones y esclavitudes sea el primer presupuesto de la libertad, es algo evidente. Un hombre encadenado a una pared o a un vicio, no es libre para moverse, o para ejecutar acciones que vayan contra ese vicio. La esclavitud, externa o interna, va directamente contra el ejercicio de la libertad humana, y contra la existencia de la misma.

A primera vista, podría parecer que un hombre solitario, alejado de toda sociedad, sería el que tendría menos determinaciones, menos limitaciones y esclavitudes que atentaran contra su libertad. Podría ir donde quisiera, poseerlo todo, actuar como mejor le pareciera... Pero, ¿es ello así? Vamos a examinarlo un poco más de cerca.

Un hombre solitario estaría tremendamente encadenado en muchos sentidos. Sería esclavo, en primer lugar, de la satisfacción de sus necesidades vitales. Para comer, beber, guarecerse, no podría acudir tranquilamente a un supermercado o a un hotel. Buscarse el alimento, procurarse un refugio cómodo y seguro, le supondría un duro esfuerzo ineludible. La fabricación de utensilios, los más elementales, para cazar, pescar, cuidar por su seguridad, le llevarían gran parte de su tiempo. La protección contra el frío y el calor, contra animales peligrosos, es decir, la lucha por la supervivencia con el entorno, le tendría en un continua acecho y vigilancia. Contaría con poco espacio para la paz y la tranquilidad. Incluso la posibilidad de poseer y moverse estaría muy limitada.

---

(3) Para un examen detallado del concepto de libertad, ver, además de los artículos citados: M. MÜLLER, J. B. HIRSCHMANN, *Freiheit*, en *Staatslexikon*, Freiburg 1959, III 528-548.

Todas sus riquezas consistirían en unas cuantas piedras, palos y huesos, una piel dura e incómoda, una guarida siempre en peligro de ser invadida... Lo demás le pertenecería tanto como a los leones o a los lobos, quizá un poco menos. En cuanto a su movilidad, siempre estaría recortada por los peligros que le supondría adentrarse en terreno desconocido, dejando atrás su refugio más o menos seguro.

Como se ve, la pretendida libertad consistiría, de hecho, en una serie de esclavitudes a las que tendría que entregarse en cuerpo y alma, si quería sobrevivir. No tendría tiempo más que para el trabajo y el sueño. Los pocos pensamientos que cruzaran su mente estarían reservados a la caza futura, o a cómo librarse de tal o cual alimaña peligrosa... Un hombre solitario sería más siervo que libre.

#### **Capacidad de autodeterminación y autoconstrucción <sup>4</sup>**

Pero vamos a suponer que ese hombre solitario viviera en un auténtico Edén. Un clima perfecto, sin frío ni calor excesivos, abundancia de frutos y caza, carencia casi absoluta de enemigos peligrosos... En tal caso, nuestro hombre sí que podría tener muchos ratos libres, podría sentirse dueño de su entorno, tendría libertad para autoconstruirse, pensar, crear...

Sin embargo, en cuanto se piensa todo esto un poco más detenidamente, volvemos a tropezarnos con dificultades insoslayables. Nuestro hombre podría pensar, pero, ¿en qué? Su mundo sería limitadísimo: los fenómenos naturales, su propio cuerpo, los seres que le rodearan... Sus ideas serían muy primitivas, llenas de falsedades y engaños. Apenas podría pasar de la superficie de los fenómenos. Su progreso estaría muy limitado. Un genio como Einstein en tales circunstancias apenas llegaría a saber contar los dedos de su mano...

Su misma capacidad posesiva casi no existiría. Podría vagar por los campos, pero, ¿es eso peseerlos? Tal vez descubriera la semilla de algunas plantas, pero, ¿sería capaz de crear un jardín, un huerto? ¿Llegaría a domesticar algún animal? Todo eso se ha conseguido tras milenios de existencia humana, ¿lo iba a lograr él en unos pocos años? ¿Qué sería, pues? ¿Dueño, o simple inquilino en un hábitat más o menos amplio y siempre extraño?

---

(4) Esta capacidad es la que hace al hombre auténticamente libre. Supuesta la carencia de esclavitudes y determinaciones, el poder de autodeterminarse es la esencia misma de la libertad. Aquí damos por sentado que el hombre, por el mero hecho de serlo, tiene la aptitud interna e innata para autodeterminarse. Nosotros nos limitamos a estudiar cómo esa aptitud es influida por el entorno.

Tal vez estuviera dotado de una sensibilidad exquisita, llegara a extasiarse ante una flor o ante la luna. Pero, ¿conseguiría componer una sinfonía o un verso? Las pinturas de Altamira suponen milenios de invenciones y experiencias, ¿saltaría sobre esos miles de años para pintar un antílope en las paredes de su vivienda con un mínimo de belleza?

¿Y su afectividad? Aunque pudiera encariñarse con un árbol o un objeto cualquiera, ¿llegaría a conocer el éxtasis del amor, el mundo maravilloso de la amistad?

Así podríamos seguir describiendo facetas de la personalidad humana que le estaría vedado llevar a su plenitud. Su capacidad de autorrealización, de autoconstrucción, sería tan limitada, que apenas se le podría considerar un ser humano. De hecho, los pocos casos conocidos de niños criados fuera de la sociedad humana se parecían más a animales que a hombres...

Por consiguiente, el hombre solitario no sería libre, en cuanto que no le sería factible desarrollar sus potencialidades, construirse a sí mismo, llegar a la plenitud de su ser. Los más profundos valores de su personalidad dejarían de producir sus mejores frutos, se agostarían por falta de un medio favorable que les ayudara a florecer.

### **Campo real de la libertad**

Con lo dicho ya hemos tocado también este punto. El campo real de libertad viene dado por las posibilidades que se ofrecen a mi iniciativa. Es claro que la sociedad es la que nos brinda el mayor campo imaginable. Ante cada una de nuestras capacidades se abre una perspectiva casi infinita, al menos en teoría.

El dominio de la naturaleza se hace real en la sociedad<sup>5</sup>. La inteligencia, voluntad, sensibilidad, afectividad, sólo se desarrollan en plenitud, aunque sea relativa, en el trato con otros seres humanos. Sólo la sociedad posibilita el ocio, permite pensar, imaginar, crear en toda su amplitud. Un Beethoven, un Picasso, sólo son concebibles en una sociedad avanzada y compleja. La especialización permite avances, imposibles de otro modo, en todo lo que tiene conexión con la ciencia o la técnica. Sólo en sociedad puedo ser lo que quiera, autoconstruirme como mejor me parezca, o casi. Pensemos en nuestro mundo occidental. En él es factible viajar a las antípodas en poco más de veinticuatro horas, elegir la profesión que más nos llene, seleccionar amistades, crear en el terreno de las

---

(5) Cfr. A. GEHLEN, *Urmensch und Spätkultur*, Frankfurt am Main 1977, 33ss.

ciencias o las artes, comer platos sofisticados, filosofar... Tan libres nos sentimos, tan capaces de construir nuestro mundo y nuestra felicidad, que hemos proferido el grito: «Dios ha muerto». No es que hayamos llegado ya al final, a la perfección de nuestra libertad, pero nos parece tocarla con las manos, y pensamos que la conseguiremos por nuestros propios medios.

Concluyendo, habría que decir que el hombre no puede llegar a la plenitud, más o menos, relativa, de su libertad, sino en el seno de la sociedad. Ella es la que nos libera de la esclavitud de nuestras propias necesidades y del medio ambiente. Sólo en ella se da un ámbito donde podemos desarrollar todo nuestro potencial de la manera que queramos, haciéndonos realmente accesible la autoconstrucción en libertad.

### **¿Una sociedad esclavizadora?**

Y, sin embargo, siendo verdad todo lo anterior, no lo es menos que la sociedad puede poner trabas a la libertad, e incluso crear situaciones de auténtica esclavitud. Esto es fácil de constatar si nos fijamos en algunos de los elementos que configuran la sociedad.

Comencemos por la ley. La sociedad se rige por normas y leyes. Estas normas y leyes constriñen, evidentemente, la libertad. No podemos hacer siempre lo que quisiéramos.

Pero no es ésta toda la verdad. Si lo miramos más detenidamente, cuando la ley es justa, tiende a crear ámbitos mayores para la libertad. Pensemos, por ejemplo, en las leyes que regulan el tráfico, o en los impuestos fiscales. Es claro que recortan muchas posibilidades al impedirnos circular por donde y como quisiéramos, o al sustraernos una determinada cantidad de dinero. Pero también es cierto que abren horizontes más amplios a nuestra libertad. Si cada cual circulara por donde quisiera, el tráfico sería prácticamente imposible. Se crearía un caos continuo en calles y carreteras. La libertad se vería con ello gravemente menoscabada. Gracias a las leyes de tráfico puedo ir deprisa a mi punto de destino, sin miedo a colisiones y accidentes. Lo mismo ocurre con el fisco. Merced a la cantidad de dinero que se me sustrae puedo tener acceso a un sin fin de servicios que jamás estarían a mi alcance de otra manera. La seguridad social proporciona unas prestaciones para la vejez y la enfermedad de las que carecía la mayor parte de la población en otros tiempos. Todo ello abre nuevos horizontes al individuo, que ve así incrementado el campo de sus decisiones libres. Vemos, pues, cómo una ley justa amplía la libertad y el bienestar de la masa, aunque a primera vista parezca recortarlos.

Esto, evidentemente, sólo sucede en el caso de leyes justas. La sociedad puede promulgar leyes injustas en las que no se cumple lo que acabamos de decir. Ley injusta sería la que sólo favorece a una parte de la sociedad en detrimento de la otra. O la que priva de libertad a un grupo, minoritario o mayoritario, sin que ello redunde en beneficio de todos, o de una parte considerable de los ciudadanos. Tales leyes son malas precisamente porque privan de libertades y derechos de manera arbitraria a muchos en beneficio de unos pocos, o porque conculcan derechos inalienables de la persona humana. No es la ley como tal la que atenta contra la libertad, sino el mal uso de la potestad legislativa. Mal uso demasiado frecuente y contra el que habrá que luchar constantemente para que la sociedad no se convierta en injusta y esclavizadora.

Pero no es sólo la ley: algo tan positivo como la división del trabajo puede atentar grevemente contra la libertad humana. En las sociedades de todos los tiempos, y también hoy, hay innumerables casos de auténtica esclavitud y deshumanización, debidas a la división del trabajo. Masas ingentes de individuos viven condenados a realizar tareas duras, mecánicas, ingratas, por las que no sienten la menor atracción, pero que están obligados a ejecutar para poder subsistir. Todo ello en beneficio de otros muchos más libres, más realizados en sus ocupaciones. Esto es algo contra lo que toda sociedad debiera luchar continuamente. Pero hay que reconocer que es un fallo muy difícil de erradicar. Tal vez la ciencia y la técnica lo consigan con el tiempo. De todas formas, estos individuos no parece que estén peor que si vivieran aislados: tienen sus compensaciones por vivir en sociedad, aunque tal vez no siempre las suficientes.

De la mano de la división del trabajo desembocamos en el problema de la estratificación. Como fruto de dicha división y de otros factores surgen las capas sociales. La sociedad está dividida en una serie de estratos, en que los que están arriba disfrutan de mayor libertad y bienestar que los de abajo. Esta realidad se ha ido amasando con el correr de la historia. Los que en principio eran jefes y caudillos surgidos de la necesidad, con la dignidad de «primus inter pares», se fueron separando de la masa. Así aparecieron en otro tiempo los reyes y nobles, acumuladores de toda clase de privilegios. Más tarde han sido los hombres de negocios, los grandes comerciantes e industriales, los que han llegado a formar la nueva aristocracia del dinero. También los líderes de revoluciones que pretendían acabar con las clases, se han remontado sobre sus conciudadanos para disfrutar ellos solos del poder y las libertades que conlleva. Habría que preguntarse ¿por qué ha sido así? ¿Qué es lo que lleva al hombre a acumular riqueza y poder, aunque sea a costa de la libertad y la pobreza de otros seres humanos?

Tal vez la primera respuesta que se nos ocurre es que todo eso se debe al egoísmo. Y es cierto. Pero resulta demasiado genérico. El egoísmo es la raíz de todos, o casi todos, los males que aquejan a la humanidad. Si nos seguimos preguntando, nos daremos cuenta enseguida de que la causa de lo que venimos diciendo reside en que el hombre busca ser cada vez más y más libre. Porque quiere ser más libre, el ser humano se lanza a poseer y dominar. Cuanto más posee, en cuanto que dispone de más cosas o personas, tiene la sensación de tener más libertad, de acercarse más y más a su plenitud, a su autorrealización. Pero, ¿está el hombre en lo cierto? ¿Son dinero y poder los que nos pueden hacer llegar al culmen de nuestro ser, de nuestra libertad?

### **Dinero, poder y libertad**

Pensemos en las riquezas, en la posesión de cosas, de seres objeto. Evidentemente, si poseemos muchas cosas, somos libres para utilizarlas cuando y como queramos. Si somos muy ricos, podemos satisfacer todos nuestros deseos, hasta los más nimios... Pero enseguida constatamos que la satisfacción de los deseos puramente materiales no satisface nuestro corazón, no le da la felicidad, ni sacia sus ansias de libertad. El hombre, ser personal, sólo puede ser feliz en contacto con otros seres personales. Y aquí es donde surge el ansia de poder. Dominar no sólo sobre las cosas, sino sobre las personas. De esta manera, al conseguir disponer de cosas y personas a su antojo, el hombre tiene la ilusión de haber alcanzado su plenitud y, con ella, la libertad absoluta: nada ni nadie se opone a sus deseos.

Pero no es más que un espejismo. El señor de sus esclavos sólo domina sobre lo externo. Sus súbditos pueden ser absolutamente rebeldes en su interior, porque por el camino del poder no se llega al interior de las personas. Dentro del esclavo puede haber un hombre libre, que detesta la obediencia que está obligado a prestar. Y, de hecho, cuanto más tiránico sea un poder, más resistencias internas experimenta, aunque no puedan manifestarse al exterior. De esta manera queda fuera del dominio del señor lo que es más precioso en el hombre: su entendimiento y su voluntad. Sólo puede obtener de sus súbditos prestaciones externas, como las cosas, pero no tiene acceso a lo espiritual. De ahí la soledad absoluta del que sólo conoce ese tipo de relaciones. La soledad no es más que el envés de su falta de dominio y relación con la persona en cuanto persona. Y esa falta de dominio y relación es tal, que, en cuanto pueda, el súbdito arrojará de sí el yugo de la servidumbre. Es más, el señor de esclavos está siempre en peligro: la rebeldía interior puede estallar en cualquier momento, quitándole el poder y hasta la vida. Su dominio es, pues, superficial y azaroso, siempre amenazado. De ningún modo es un dominio sencillo y feliz.

A esto hay que añadir que la amenaza a su libertad y a su poder no le vienen al hombre sólo de parte de los que domina. También los otros, los que tienen riqueza y poder, son un límite, una amenaza. Un límite, porque el poder y la posesión del otro son una barrera para la propia dominación y posesión. Lo que el otro posee, no es mío. El poder del otro es un muro contra el que se estrella mi propio poder. Una amenaza, porque el ansia de poder y riquezas por parte del otro siempre están poniendo en peligro lo que yo poseo.

De esta manera nace la guerra de todos contra todos, tan característica de nuestro mundo, en el este y en el oeste. El obrero lucha contra el empresario. Un sindicato lucha contra otro sindicato. Un líder tiene que enfrentarse continuamente contra otros líderes en acto o en potencia. El comerciante anda siempre en pugna con otros comerciantes.

Tal estado de cosas desemboca en la esclavitud. Somos esclavos de lo que poseemos, o de lo que deseamos poseer. Para no ver disminuido lo que hemos conseguido, para obtener un poco más, nos vemos obligados a un esfuerzo continuo del que no podemos escapar. El señor es a la vez siervo de lo que tiene. Y el esclavo es siervo de su señor, y de lo que anhela alcanzar.

### **El amor como solución**

¿Cuál sería, pues, la solución real para nuestras ansias de libertad, de posesión, de poder? Una posible salida se nos presenta por el lado de la justicia. A cada cual lo suyo. Pero el camino de la justicia también se encuentra plagado de escollos. ¿Qué es lo justo? Lo que es justo para un socialista es injusto para el liberal, lo que es justo para el trabajador no lo es para el propietario... Y así la justicia nos lleva también a la guerra. Una guerra que todos estamos viviendo y padeciendo en nuestras propias carnes. Ahí tenemos a nuestra sociedad, profundamente escindida, sangrada por las enormes pérdidas que suponen las divisiones y tensiones sociales e internacionales. Todos, los que abajo y los de arriba, estamos terriblemente decepcionados, disgustados, angustiados. ¿Será la única vía de solución este continuo deterioro de la solidaridad, esta pugna a la que no se le ve el final?

Creemos que existe otro camino que el de la confrontación. Un camino que también englobaría a la justicia, porque va más allá que ella, aunque pueda parecer mucho más utópico. La salida a todos los problemas que nos acongojan estaría en una nueva relación, evangélica, con cosas y personas. En lugar del ansia de poseer, el desasimiento, el compartir; en lugar del ansia de mandar, de sojuzgar, el único modo posible de relacionarse en profundidad con otros



seres humanos: el amor. En realidad la solución que lo englobaría todo está en el amor. Veamos por qué.

El que ama es el más libre de los seres. Cuando amo y soy amado mi libertad no se acaba en mí y en aquello de lo que puedo disponer por la fuerza. Para el que ama, el otro no es algo extraño, sino una parte de sí mismo. Las cosas del otro son también mías, y viceversa. Mi libertad se expande, porque ya no existe tuyo y mío, sino lo «nuestro». Y si el amor es universal, lo nuestro abarca a toda la creación. Mi libertad ya no encuentra barreras, sino que se encuentra potenciada por todos los demás, que serán tan celosos de ella como de la suya propia. Y yo sentiré la suya como si fuera mía. De manera que en todo momento todos estamos disponiendo de todo, de toda la realidad. Todos estamos disponiendo de todos, y nadie dispone de nadie en contra de su voluntad. Se da así un dominio universal sin barreras interiores o exteriores. El otro se me entrega, y yo me entrego al otro, de manera que ya no somos dos, sino uno solo. Nuestras libertades no se contraponen, sino que se suman. Hemos llegado a la libertad universal. Justamente lo que pretendíamos con el poseer y el mandar.

Tenemos un ejemplo claro de todo lo que venimos diciendo en las relaciones del hombre con Jesús de Nazaret. El lo dió todo por nosotros, perdió su libertad en la nuestra. Pero en ese perderla la adquirió de una vez para siempre: nunca ha habido nadie por quien tantos seres humanos hayan perdido su libertad, a quien se hayan entregado tan plenamente a lo largo de los siglos y en todos los pueblos. Y los que han perdido su libertad por El, la encuentran de un modo grandioso: se les entregan los hombres, se les entrega el mismo Dios. Por eso S. Juan resume el evangelio en un solo mandato: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12).

En un mundo como el nuestro, tan lleno de esclavitudes de todas clases, una sola palabra liberadora nos puede devolver la esperanza: la palabra del amor. Mientras no se haga una gran revolución con y en nombre del amor, revolución que será una tarea dura y difícil, no tendrán solución nuestros problemas. Una masa de esclavos sucederá a otra. Esclavos del dinero, de la política, del hambre y el subdesarrollo, de la soledad, de la guerra... El mensaje de Jesús está hoy más vivo que nunca, porque hoy como nunca aspiramos a la verdadera libertad.

Pero aún hay más. El mensaje de Jesús nos lleva a la identificación con Dios. Si Dios es señor del universo y nosotros estamos unidos a El por el amor, nosotros también somos señores del universo. Así, el ansia de infinito

que reside en el corazón de todo ser humano se realiza con una plenitud que nunca hubiera soñado el más optimista de los hombres. El dominio que nos conceden la ciencia y la técnica sobre lo creado no es más que la explicitación de este dominio universal de los hijos de Dios. Explicitación que sólo es un pálido comienzo de lo que será ese dominio cuando llegue la eclosión final del Reino. Por eso el cristiano será siempre el eterno inconformista, como muestra la teología de la esperanza<sup>6</sup>. Por mucha libertad, por mucho señorío que hayamos adquirido sobre nuestro mundo, siempre querremos más, hasta que en nosotros se haga realidad lo de la parábola de los talentos: «¡Bien, siervo bueno y fiel!, has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25,21). Sólo en la plena participación del gozo de la infinita libertad de Dios seremos definitivamente libres. El camino del amor lleva, por la identificación con el hombre y con Dios, a la máxima realización de nuestra libertad.

Con ello hemos alcanzado la respuesta a la cuestión que nos planteamos al principio. Una libertad humana perfecta sólo se puede alcanzar en sociedad. Pero en una sociedad no basada en la posesión y el poder, sino en el compartir, en el amor<sup>7</sup>. Sociedad que es comunidad con los otros hombres y con Dios: la que Cristo vino a instaurar en la tierra. Sin embargo, no se piense que la consecución de esta meta es una tarea fácil. Llegar al amor total exige mucho más esfuerzo y sacrificio del que ahora derrochamos en nuestras luchas y guerras. Tal vez por eso no nos animamos a adentrarnos por el difícil sendero que conduce hacia él.

**Manuel Cuesta**

---

(6) J. MOLTMANN, *Teología de la esperanza*, Salamanca 1969, 27s.

(7) H. CARRIER, *Una civilización del amor. ¿Proyecto utópico?:* Corintios XIII 30 (1984) 21-45.